



DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL SUR

Tesina de Licenciatura en Letras

***“Al norte del río grande, al sur del río bravo, que vuelen las palabras”:
modernización e identidad a través de un proyecto de integración en La
frontera de cristal de Carlos Fuentes***

Karen Wesner

Esta Tesina se presenta como trabajo final para obtener el título de Licenciada en Letras de la Universidad Nacional del Sur. Contiene el resultado de la investigación desarrollada por Karen Wesner, en la orientación Literaturas Hispánicas, bajo la dirección de la Licenciada Carmen del Pilar André.

ÍNDICE

1. Introducción	5
Planteamiento del tema	5
Estado de la cuestión	6
Hipótesis.....	8
Objetivos generales	9
Objetivos específicos	9
Marco teórico y metodología de trabajo	9
2. Observaciones preliminares: Los marco espacio–temporales de la novela	11
3. La tensión modernización–identidad	18
Modernizaciones inacabadas.....	18
Identidades múltiples	28
4. Conclusiones finales	40
5. Fuente literaria	43
6. Bibliografía	43

1. Introducción

Planteamiento del tema

El presente trabajo toma como objeto de estudio *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes, publicada en 1995. En esta novela, el autor explora la separación física y cultural entre México y Estados Unidos a través de nueve cuentos que hacen referencia a la violencia, el racismo, la discriminación, los prejuicios hacia los migrantes mexicanos, pero también a la fascinación mutua y al inevitable encuentro –a pesar de los desencuentros– entre ambos pueblos.

La frontera física de 3000 kilómetros que divide a estos países ha sido históricamente un tema de interés. Debido a su posición geográfica, México es un caso particular en cuanto a la relación con Estados Unidos, ya que la nación del norte se alza para los mexicanos como sinónimo de oportunidades y progreso, en contrapartida a la situación de crisis constante que se vive al sur de la frontera. Aunque la zona es conocida por el recrudecimiento de las políticas de los diferentes gobiernos estadounidenses –ya sea de represión o castigo– con el objetivo de regular la migración, por diferentes razones, pero sobre todo económicas, los mexicanos deciden arriesgarse una y otra vez a cruzar la frontera, ya sea legal o ilegalmente. En general, los migrantes se agrupan en algún lugar cercano esperando para cruzar, o se establecen en ciudades fronterizas de forma permanente, como es el caso de Ciudad Juárez o El Paso.

Kehoe y Meza (2013: 247) afirman que México, después de la Gran Depresión y a partir de 1950, entró en un período de despegue económico y creció rápidamente durante los siguientes 30 años. El gobierno implementó políticas que fomentaron la urbanización, la industrialización y la educación. Para fines de los '70 y principios de los '80, el país transitaba un período de auge petrolero y bonanza económica cuyo impacto fue, según Tania Rabasa Kovacs (2013: 46) “positivo pero fugaz y resultó en una creciente dependencia petrolera”. Señalan Kehoe y Meza (2013: 253-255) que la caída del precio del petróleo en 1981 y la intervención estatal en la economía llevó al país a un gradual endeudamiento y a una profunda crisis que se agudizó en 1982, cuando el gobierno anunció que no podía cumplir con los pagos programados de la deuda. Durante el período transcurrido entre este anuncio y hasta 1993, se realizaron una serie de reformas. El país había logrado estabilizarse, pero en 1994 se dieron varios acontecimientos negativos, políticos y económicos, que tuvieron como consecuencia la devaluación del peso y se originó una nueva crisis que se extendería hasta el año siguiente. Entre las reformas que se implementaron con el objetivo de combatirla, se encuentra la puesta

en vigencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) firmado por Estados Unidos, México y Canadá en 1994. Con la puesta en marcha de dicho tratado, los migrantes comenzaron a cruzar la frontera de forma legal, aunque la marginación continuó¹.

Con motivo del acuerdo y su integración transnacional de las economías, las identidades nacionales se difuminaron de modo creciente, por lo que la problemática concitó la atención de diferentes sectores. Al respecto, García Canclini afirma que en México las posturas frente al TLCAN oscilaban, a primera vista, entre dos polos: quienes defendían la modernización y la apertura económica del país como una forma de insertarlo en el mundo y, por otro lado, los sectores nacionalistas que criticaban duramente la integración debido a que la veían como una forma de dependencia más que, a su vez, incidía en el debilitamiento de la identidad mexicana. Esta polémica reveló un desacuerdo con respecto a cuestiones claves para pensar la valoración y definición de la identidad, que llevó a los intelectuales a preguntarse dónde reside y con qué medios se reproduce y renueva a finales del siglo XX (1994: 71-72).

Carlos Fuentes se interesó por dicho interrogante y lo relacionó con los efectos y cambios derivados de los procesos modernizadores impulsados en México por las políticas de Estado, a través de producciones ensayísticas y de ficción. A esta última categoría pertenece *La frontera de cristal*, obra en la que representó el intercambio cultural, social y económico entre el país del sur y su vecino del norte profundizado con la firma del TLCAN y lo vinculó con una serie de procesos similares, recurrentes en la historia mexicana. Sin embargo, no percibe el encuentro negativamente, como pérdida, sino le que resulta positivo en tanto los individuos comienzan a adquirir conciencia de sus particularidades. De esta forma, los personajes ejemplifican una de las aserciones del mismo Carlos Fuentes en el ensayo *El espejo enterrado*: “Nuestra modernidad más exigente nos pide que abracemos al otro a fin de ensanchar nuestra posibilidad humana. Las culturas perecen aisladamente, pero nacen o renacen en el contacto con otros hombres y mujeres, los hombres y mujeres de otra cultura, otro credo, otra raza” (1992: 384).

Estado de la cuestión

Las novelas de Carlos Fuentes han sido objeto de estudios críticos y ensayos de interpretación de profusas publicaciones. En lo que respecta a *La frontera de cristal*, ha sido

¹ El presidente de Estados Unidos durante el período 2017-2021, Donald Trump, criticó duramente el TLCAN y amenazó varias veces con retirar al país del acuerdo. No obstante, el 29 de enero de 2020 los países involucrados pudieron llegar a un nuevo acuerdo y firmaron el T-MEC, tratado que reemplazó al anterior.

examinada en numerosas investigaciones desde diversos enfoques disciplinares. No obstante, en líneas generales, los estudios refieren a las diferentes fronteras que se construyen en vistas del fenómeno migratorio, la globalización y las relaciones económicas entre México y Estados Unidos, sin tener en cuenta la tensión que se produce entre modernización y la reconfiguración identitaria de los personajes, que es el tema que nos proponemos analizar.

Múltiples abordajes se han centrado en las consecuencias del Tratado de Libre Comercio. Entre ellos, sobresale el artículo de Karla Araya Araya (2009) en el que la autora realiza un análisis sociocrítico, que la lleva a afirmar que la novela es una narrativa de “fronteras” pero de “cristal”, de relatos que se entretajan entre la ficción y la historia. Para justificarlo, examina aspectos como el cuerpo, la casa o la fábrica y sostiene que la frontera es ilusión y realidad, frágil pero infranqueable. Sobre la globalización y las migraciones, destaca el artículo de Alberto Barahona Novoa y Carolina Sanabria (2008) en el que analizan el éxodo migratorio de México hacia Estados Unidos como una cuestión histórica, y abordan la novela desde el concepto de Tercera Nación propuesto por Michael Dear. Por su parte, Donna M. Kabalen de Bichara (2016) explora los múltiples significados del espacio semiótico de la frontera plasmados en la obra, partiendo de la voz de los personajes, la descripción de las clases sociales y de las visiones históricas de la novela, para analizar las relaciones ellos/nosotros. En lo que refiere al género de la obra, Mayra Herra Monge (2008) lo encuadra dentro de lo que se conoce como “border writing”, tanto desde el punto de vista del contenido como de la forma, y realiza un análisis de los personajes que se desplazan por un lado y el otro de la frontera, afirmando, pero también transgrediendo los valores culturales de sus países.

En lo que atañe al tema de la identidad, el movimiento de introspección comienza en México con los estudios realizados por Samuel Ramos (1934), quien hace hincapié en el sentimiento de inferioridad de los mexicanos y el machismo como método para sobreponerse a aquél. Posteriormente, destaca el ensayo de Octavio Paz (1950) en el que el autor busca comprender qué hay detrás de las máscaras y del carácter de quienes viven en México, así como también hace referencia a la necesidad de (re)definición de la identidad mexicana a partir de sus relaciones con Estados Unidos, describiendo la transformación de la imagen de sí mismos que tienen los mexicanos/chicanos al pasar la frontera. Décadas más tarde Roger Bartra (1987) y Néstor García Canclini (1994) reformulan las nociones de identidad nacional mexicana y de identidad, respectivamente. El primero afirma que el carácter nacional es un constructo imaginario que los investigadores han erigido con el objetivo de cimentar un nuevo estado independiente que funcione. Por su parte, García Canclini postula que la identidad es una realidad históricamente construida, a veces híbrida, o expresión de las formas en que se

relaciona un sujeto con el territorio. Contribuye a esclarecer este tema el ensayo de Carlos Fuentes (1992) en el que reflexiona sobre los hechos ocurridos en la historia de América Latina. Allí afirma que el continente se encuentra en un estado de profunda crisis en el siglo XX debido, principalmente, a la importación de modelos políticos y económicos sin relación con la cultura de la región. En cuanto a los estudios realizados sobre la obra que nos compete y la identidad, sobresale la tesis de Střítecký (2016) en la que analiza comparativamente las representaciones de la cultura mexicana y norteamericana que realizan Carlos Fuentes y José Agustín, otorgándole especial atención al tema de la frontera y al “otro” como base del autoconocimiento. Por su parte Alice Shaap (2016) realiza un estudio basándose en los métodos de la imagología y analiza el uso, la adaptación y la reformulación de las imágenes que utiliza Fuentes acerca del “otro”; además, aplica las teorías de Octavio Paz y Roger Bartra a tres de los nueve cuentos. En lo que respecta al aporte de Reindert Dhont (2010) identifica la melancolía en los individuos que traspasan las fronteras y la importancia de la cultura tradicional en un contexto moderno y globalizante.

Como puede observarse en esta somera revisión, las aproximaciones críticas a *La frontera de cristal* son abundantes y se han enfocado en su representación de los procesos migratorios, las situaciones fronterizas y el choque de culturas que lleva al autoconocimiento de las distintas sociedades.

De ello se desprende la relevancia de una actualización en los estudios sobre dicha obra, tanto por su vigencia temática como por la propuesta del autor de no erigir muros entre los países sino puentes de entendimiento. Si bien nuestra investigación abreva en los aportes reseñados, pondremos el énfasis en un aspecto de la obra que no ha sido tenido en cuenta en profundidad: la tensión entre modernización e identidad, en busca de una perspectiva nueva y enriquecedora.

Hipótesis

Proponemos como hipótesis de lectura que los cuentos que constituyen la novela están atravesados por la tensión entre modernización e identidad, que se pone de manifiesto en el transitar de los personajes mexicanos por ambas márgenes de la frontera, quienes asumen, en general, una actitud crítica frente a las consecuencias de la modernización en su país, así como también el desafío de reivindicar o reconfigurar sus identidades y de propender a la integración con los “otros” en aquel mundo cambiante.

Objetivos generales

- Contribuir al estudio de *La frontera de cristal* enfocándonos en el tratamiento ficcional de la tensión modernización-identidad en el espacio limítrofe entre México y Estados Unidos, dinamizada por las políticas comerciales entre ambos países a lo largo del tiempo, y en particular en los últimos decenios del siglo XX.

Objetivos específicos

- Reconstruir la temporalidad cronológica de la novela trastocada en la ordenación de los cuentos y explicitar las relaciones que los cohesionan.
- Analizar la representación novelística de los dispares efectos de los procesos modernizadores y los planteos críticos que los personajes formulan sobre los mismos.
- Estudiar la reconstrucción literaria de las dinámicas de intercambio cultural en el espacio de la frontera y las reconfiguraciones identitarias gestadas en las diversas encrucijadas que afectan a los personajes.

Marco teórico y metodología de trabajo

En esta investigación tomaremos como punto de partida la perspectiva analítica propuesta por Devés Valdés, quien aborda, desde los estudios eidéticos, la historia intelectual latinoamericana y sostiene que en el trascurso de los siglos XIX y XX la misma se ha manifestado a través de oleadas identitarias o modernizadoras. Considera que, si bien ninguno de los dos proyectos triunfó totalmente, debido a que los procesos a lo largo de los siglos mencionados fueron desiguales y combinados, por ciclos y espirales se ha ido acentuando uno u otro polo. Asimismo, el investigador demuestra cómo expresiones distintas y muchas veces opuestas se articularon constituyendo un espacio intelectual continental que, en la década de 1990, se manifestó de forma predominantemente identitaria, como respuesta a las políticas neoliberales o a cierta prepotencia neoliberal desde el empresariado, desde los medios de comunicación y desde los Estados (2004: 19).

Con respecto a las nociones de modernización e identidad, es menester aclarar que, al inicio de su investigación, Devés Valdés explica de manera amplia dichos conceptos (2000: 17-18) y que, a medida que sus estudios avanzan en el tiempo, flexibiliza la descripción (2003: 15) ya que cada período histórico les ha atribuido una especificidad. Como señala Arturo Andrés Roig, la identidad cultural no consiste “en un ‘regreso’ a ciertas esencias no cumplidas, en contra de la modernización que nos apartaría o alejaría de ellas, sino en un intento de

responder al impacto mundial de la modernización o ‘globalización’” (Devés Valdés, 2000, Prólogo: 9).

Complementaremos el enfoque con las reflexiones del ensayo *El espejo enterrado* escrito por el mismo Carlos Fuentes, donde propone establecer un equilibrio inteligente entre lo que se puede tomar del mundo y lo que se le puede dar. Allí afirma que no se trata de escoger simplemente entre la modernidad y la tradición, sino de mantener ambas vivas, en tensión creadora (1992: 310). Esta obra también nos servirá como herramienta analítica, puesto que en la novela se plasman las ideas que sostiene el autor en el ensayo: afianzar la diversidad cultural y no olvidar nada ni a nadie para extraer de allí un verdadero modelo nacional de progreso.

2. Observaciones preliminares: Los marco espacio-temporales de la novela

Creo que estamos inmersos en el tiempo, que ha habido tiempo sin novela, pero no hay ni una sola novela sin tiempo. [...] Todos los dramas, las esperanzas, las desilusiones, que pueden ser la materia de una novela se dan en un contexto temporal.

Carlos Fuentes

Antes de analizar la tensión entre modernización e identidad en *La frontera de cristal*, trazaremos una breve relación de los textos con sus marcos espacio-temporales, entendiendo que dichas coordenadas contribuyen a explicar la producción escrituraria.

Cuando el autor publica la obra, a fines del siglo XX, México se encontraba en una profunda crisis económico-social que había comenzado en décadas anteriores y se había agudizado por la implementación de políticas estatales neoliberales y el proceso de globalización. Es evidente que hay una voluntad autoral de situar los relatos en épocas representativas de las crisis en que agonizan diferentes modernizaciones, de las migraciones y de las respuestas identitarias devenidas de aquellos proyectos y, sin embargo, los nueve cuentos que componen la novela no están ordenados cronológicamente, sino que requieren de un lector activo, atento a las pistas que le permitan organizar la secuencia temporal dislocada en la estructura de la obra.

La reconstrucción de la línea de tiempo nos permite señalar que la novela abarca un lapso que comienza hacia 1970 y se extiende hasta 1995.

El portal del volumen es el cuento “La capitalina” que, aunque no es el primero de la periodización, cumple el cometido de introducir al personaje de Leonardo Barroso, el omnipresente empresario mexicano, cuyas acciones constituyen los hilos que unen la mayoría de los relatos, ya que los negocios que realiza en la frontera influyen directa o indirectamente en los demás personajes.

Este cuento también tiene la función de presentar el espacio fronterizo dividido por el límite natural del río Grande-río Bravo y de localizar las ciudades de Campazas, nombre literario de Ciudad Juárez (México) y El Paso (Estados Unidos), conectadas por el transitado puente Internacional Paso del Norte o Santa Fe:

Ella trató de distinguir una ciudad en medio del desierto, las montañas calvas y el polvo inquieto. No vio nada. Su mirada le fue secuestrada por un espejismo: el río lejano y más allá las cúpulas de oro, las torres de vidrio, los cruces de las carreteras

como grandes alamares de piedra... Pero del otro lado de la frontera de cristal. Acá abajo, la guía de turismo tenía razón: no había nada. (p. 505)
[...] la capitalina miró sin asombro los rasgos de la ciudad de Campazas. Su plaza central polvorienta y una iglesia humilde pero orgullosa, de paredes deshechas y portada erguida, labrada [...]. Mendigos y perros sueltos. Mercados mágicamente nutridos y bellos, altoparlantes ofreciendo baratas y arrullando boleros (p. 508)².

Sin embargo, el relato que inicia la serie cronológica es “Las amigas” –el sexto en la compaginación de la novela– que según deducimos transcurre en 1970. Josefina, la protagonista de esta historia, vive en Pilsen, el barrio mexicano de Chicago donde se asentaron los trabajadores provenientes de Guerrero que fueron a trabajar a las empacadoras, y está recién casada con uno de ellos, Luis María Pérez, que ha sido encarcelado, acusado de un crimen que no cometió y juzgado sin que pudiera defenderse por su precario dominio del inglés (p. 604). Para sobrevivir y pagar la defensa de su marido, Josefina acepta un empleo como sirvienta en la casa de Miss Amy, una anciana autoritaria y xenófoba (p. 602). En la presentación del personaje central, que tiene 40 años y es bilingüe, la narración nos retrotrae a un tiempo anterior, el del padre de Josefina, Fortunato Ayala, que llegó indocumentado a Estados Unidos huyendo de la Revolución, trabajó en la industria del acero y fue deportado a causa de la depresión económica de 1930, dejando en Chicago a una mexicana embarazada. A partir de estos datos –en 1930 la madre estaba encinta de Josefina y el padre fue expulsado de Norteamérica, en tanto que en el presente del cuento la muchacha tiene 40 años– es que colegimos que la trama está situada alrededor de 1970.

Por otra parte, como recurso cohesionador de la novela, uno de los microrrelatos que integran la narración final, “Río Grande, Río Bravo”, retoma la historia de Fortunato y refiere la saga de cuatro generaciones de la familia Ayala.

Continuando la cronología, el siguiente relato es “La pena” –el segundo de la obra– que remite a dos años precisos de la década del ochenta: 1981 y 1985. Está enunciado desde un presente en el que el personaje de Juan Zamora, de espaldas, cuenta la historia de su pasado al narrador y lo insta a que la transmita al lector. Al comienzo, el narrador sitúa en el tiempo los acontecimientos referidos por el protagonista, un estudiante de medicina en la UNAM que, merced a una beca gestionada por Leonardo Barroso, migra temporariamente a Ithaca, (Nueva York), para hacer un posgrado en Cornell: “Ésta es una historia de la época del auge petrolero en México, fines de los setenta, principios de los ochenta” (p. 522). A medida que avanza el cuento, encontramos indicios que permiten datarlo con más exactitud en 1981, el año en que

² Citamos por la edición de Fuentes, *Cuentos completos*, 1995 y consignamos la paginación a continuación de las transcripciones textuales.

Reagan asumió el gobierno de Estados Unidos, pues al presentar a la familia que hospeda a Juan, el narrador señala que “están entusiasmados por el triunfo de Ronald Reagan en la campaña contra Jimmy Carter. Ven la televisión todas las noches y aplauden las decisiones del nuevo presidente” (p. 525). La hipocresía de la familia anfitriona y del compañero con el que Juan traba una relación amorosa, en particular su discriminatoria valoración de la riqueza –“los ricos [...] somos distintos de la demás gente” (p. 536)–, provocan el desencanto y el regreso del estudiante mexicano, que a partir de esa experiencia descubre su identidad personal. El desenlace del relato ocurre “cuatro años más tarde” según explicita el narrador, es decir en 1985, cuando la familia que había alojado a Juan Zamora en Ithaca decide ir a visitarlo a la ciudad de México y descubre que el estudiante no pertenece a un antiguo linaje de hacendados ricos, como les había hecho creer, sino que vive en la modesta colonia Santa María y ejerce de médico en un hospital.

La integración del cuento como parte de la novela está dada por la presencia del chofer que conduce a la familia norteamericana, Leandro Reyes, y por la reaparición de Juan Zamora al final de “Río Grande, río Bravo”.

El siguiente hito cronológico se encuentra en “La capitalina” –el primer relato del volumen, según señalamos anteriormente– y la única huella que nos permite ubicarlo en el tiempo consta en el último párrafo de la narración: “Entró por la ventana entreabierta una canción en la voz de Luis Miguel, «Me haces falta, mucha falta; no sé tú»...” (p. 521). Atendiendo a esa cita, indagamos la fecha de grabación del bolero “No sé tú” por el joven cantante latino y constatamos que integra el álbum *Romance*, editado en 1991, por lo que consideramos que la trama del cuento se enmarca temporalmente a comienzos de la década del noventa. A través de una anécdota del ámbito privado de Leonardo Barroso, la del arreglo del casamiento por conveniencia entre su hijo Marianito y su bella ahijada Michelina Laborde, descendiente de una “vieja familia” de la capital, a quien luego de la boda el empresario convierte en su amante, el narrador presenta al personaje vertebrador de la novela y describe el espacio fronterizo, como ya anticipamos. Pero, además, delinea el cambiante mapa del poder de las élites mexicanas y el ascenso de una nueva aristocracia fundada en el dinero, cuyo representante es este hombre poderoso del norte, que encarna al mexicano exitoso que apoya y fomenta la modernización extranjerizante del país al ser uno de sus principales beneficiarios, tal como lo demuestran sus actividades en la frontera:

Tierras, aduanas, fraccionamientos, la riqueza y el poder que dan el control de una frontera ilusoria, de cristal, porosa, por donde circulan cada año millones de personas, ideas, mercancías, todo (en voz baja, contrabando, estupefacientes, billetes falsos...)

¿Quién no tenía que ver, o dependía de, o aspiraba a servir a, don Leonardo Barroso, zar de la frontera norte? (p. 519).

El único cuento que no podemos fechar con certeza es “La apuesta” –el octavo de la serie–. El texto sólo dice que Barroso contrató a Leandro Reyes para que fuera su chofer en España, adonde iría por negocios en el mes de “noviembre”, acompañado por su nuera. Sin embargo, deducimos que necesariamente tiene que transcurrir entre 1992 y 1994, después del casamiento del hijo y antes de la muerte del empresario en 1995. Este relato narra alternadamente dos historias simultáneas que terminan colisionando, la del taxista mexicano y la de un joven español, ambos en busca de demostrar la hombría por medio de actitudes y valores opuestos.

Carlos Fuentes enmarca los restantes cuentos en 1994 y 1995, es decir, después del 1º de enero del '94, fecha de la puesta en vigencia del TLCAN y del comienzo de la rebelión zapatista de campesinos indígenas en protesta por la globalización y la entrada en vigor del Tratado. En esa coyuntura se da, por lo tanto, un desencuentro entre lo que las élites preconizan y lo que opinan las sociedades, debido a la baja confiabilidad en el gobierno por causa de las crisis, las deudas y el aumento de la pobreza y el desempleo. Los relatos que están situados en ese tiempo son: “El despojo”, “La raya del olvido”, “Malintzin de las maquilas”, “La frontera de cristal” y “Río grande, Río Bravo”.

En “Malintzin de las maquilas” y “La frontera de cristal” –respectivamente los relatos quinto y séptimo– se presentan las nuevas oportunidades de trabajo que ofrece la modernización, más ventajosas para los empresarios que para los trabajadores.

El primero está explícitamente situado en Ciudad Juárez en 1994, según surge de las afirmaciones de Leonardo Barroso a un grupo de inversionistas norteamericanos, que el narrador introduce en discurso referido indirecto

Había cero, exactamente cero maquilas en la frontera en 1965 con Díaz Ordaz, diez mil en el 72 con Echeverría, treinta y cinco mil en el 82 con López Porillo, ciento veinte mil en el 88 con De La Madrid, ciento treinta y cinco mil **ahora** en el 94 con Salinas...³ (p. 590).

Este cuento se ocupa de las maquiladoras, para describir las características de la industria y su proliferación en el lado mexicano de la frontera, debido a que es un buen negocio para las empresas estadounidenses ensamblar todo tipo de artículos en México con partes fabricadas en EEUU, para abaratar los costos de mano de obra e impuestos. Al mismo tiempo,

³ El resaltado es nuestro.

presenta las condiciones del trabajo y la vida del personal operativo, mayoritariamente mujeres jóvenes, que han migrado desde diversos pueblos mexicanos donde no había oportunidades laborales y se han establecido en Ciudad Juárez, o que en algunos casos viven en El Paso y cruzan diariamente la frontera para trabajar en el parque industrial.

El relato “La frontera de cristal”, homónimo del título de la novela, refiere la situación de Lisandro Chávez en 1995 –“veintiséis años, ilusiones perdidas, y ahora nueva oportunidad, ir a Nueva York como trabajador de servicios” (p. 621)– y repone el pasado del protagonista, hijo de una familia que había prosperado en México con su fábrica de gaseosas y que, en ese contexto de bonanza económica, había tenido ambiciones de progreso. Sin embargo, las constantes crisis y finalmente la firma del TLCAN, que propició la apertura del comercio y la expansión de las grandes compañías multinacionales, causaron la ruina de las pequeñas industrias independientes, como la del padre de Lisandro. Al repasar las alternativas de esa debacle, la voz narradora menciona el año en que transcurre la historia, “cuando los ahorritos se evaporaron primero por la inflación del 85 y luego por la devaluación del 95” (p. 620) y cuenta que el personaje tuvo que aceptar un contrato para prestar servicios eventuales en Manhattan durante los fines de semana, modalidad que, computando los pasajes de avión y todos los gastos, resultaba para los empresarios más rentable que contratar trabajadores norteamericanos.

Si bien el cuento “El despojo” –el tercero en el orden del volumen– no está anclado en una fecha exacta, el narrador hace referencia a producciones de la industria del entretenimiento de los años noventa para describir a los alumnos norteamericanos del protagonista, Dionisio “Baco” Rangel, como “émulos de Beavis and Butt-Head, vástagos de Wayne’s Word”⁴, seguidores de “la lección funesta de la película *Forrest Gump*” (p. 543), estrenada esta última en 1994. Además, el narrador indica que el protagonista encuentra en un centro comercial de San Diego a un peón mexicano que allí “dormitó la Década Perdida” (p. 562), expresión que alude al lapso desde 1985 hasta 1994, que es para México un período de depresión, caída del precio del petróleo y devaluación del peso. “El despojo” transcurre en California, adonde el mexicano Rangel acude periódicamente para dar cursos y conferencias a universitarios, en su carácter de difusor de la cultura gastronómica de su país. Pero la estancia en el país es para Dionisio una tragedia, pues lo lleva a consumir todo lo que la publicidad le ofrece. Finalmente, junto al compatriota hallado en el *shopping mall*, deciden volver despojados de todo, “de la

⁴ La serie de dibujos animados *Beavis and Butt-Head* fue emitida por MTV desde 1992 a 1997, en tanto que la película *Wayne’s Word* se estrenó en 1992.

tierra que lo tiene todo a la tierra que no tiene nada” (p. 563), salvo su tradición. Al cierre de la novela, en “Río Grande, Río Bravo”, estos dos personajes reaparecen desnudos, deambulando por la frontera y tratando de cruzar el puente Paso del Norte.

En lo que respecta al cuento “La raya del olvido” –el cuarto de la serie–, se trata del monólogo interior del hermano mayor y antítesis de Leonardo Barroso, Emiliano, quien está lisiado e imposibilitado de hablar y ha sido abandonado por sus hijos en la frontera entre México y Estados Unidos en una silla de ruedas. En el fluir de su conciencia, que se dispara ante la vista del límite, que es literal, la raya, pero también simbólico, el desamparo en el linde entre la vida y la muerte, Emiliano Barroso busca recordar su identidad individual, familiar y social. Viene del barro alegorizado en su apellido, es viudo de una buena mujer que lo comprendió y padre de dos hijos que lo repudiaron, fue un luchador gremial, de izquierda, que se rebeló contra las injusticias del orden capitalista y su nombre está en las “listas negras” de ambos lados de la frontera. Si bien en los jirones de la memoria del protagonista no encontramos referencias temporales expresas, del cotejo con el microrrelato «Margarita Barroso», incluido en “Río Grande, Río Bravo” surgen datos coincidentes que nos permiten colegir que es poco anterior o contemporáneo de este último, es decir que podríamos fechar su acontecer en 1994 o 1995: el hijo trabaja en Woolworths y el nieto en un restorán mexicano, ambos del lado “gringo”, la hija y la nieta trabajan en maquilas del lado mexicano y el hermano poderoso se ha rehusado a ayudar a la familia.⁵

En el último relato, “Río Grande, Río Bravo”, la voz narradora, en prosa poética, delinea el curso del río como accidente geográfico y evoca las historias transcurridas en sus márgenes, desde los remotos orígenes hasta el presente de la enunciación en 1995, según deducimos. La gran historia del río, que rememora la llegada de los pueblos nómades, la conquista española, la fundación de El Paso, la colonización, la llegada de los “gringos”, la pérdida de México de los territorios que pasan al dominio de Estados Unidos, la revolución, la siempre tensa convivencia entre “*gringos y mexicanos, destinados a vivir juntos sobre la frontera del río*” (p. 683), se intercala con nueve microrrelatos ficcionales que acontecen en el mismo año 1995 y que contribuyen a anudar los nueve cuentos en una novela. De este modo, se completan algunas de las historias objeto de los relatos, como las de los Ayala, los Barroso y Juan Zamora, y se introducen las anécdotas de nuevos personajes, como las de los guardianes nocturnos de la frontera Dan Polonsky y Mario Islas, los primos Serafín y Gonzalo Romero y el chicano José Francisco. En este cuento, como señalamos, coincide el presente de la enunciación con el de

⁵ Cfr. “La raya del olvido”, p. 574-75 y “Río Grande, Río Bravo”, p. 662.

los microrrelatos, que están situados en la frontera durante una noche de protesta y de confusión, y la clave para datarlo aparece en la sección “Juan Zamora”. El médico se halla en el puente de Juárez a El Paso y proyecta cruzar la frontera para auxiliar a sus compatriotas carentes de servicios de salud en el país del norte y, de este modo, “devolverle a los Estados Unidos los estudios en Cornell, la beca que le consiguió don Leonardo Barroso catorce años antes, cuando Juan era un muchacho y vivió unos amores tristes...” (p. 671). La fijación de la temporalidad de “Río grande, río Bravo” en 1995 surge de sumar los catorce años mencionados en la cita precedente a la fecha de 1981, en la que Juan estudió en la universidad de Ithaca, según lo narrado en “La pena”.

A partir de la delimitación espacio-temporal de cada uno de los cuentos que componen *La frontera de cristal* pasaremos a estudiar la construcción ficcional que hace Carlos Fuentes sobre la modernización y la identidad, tensionadas en el México de los últimos decenios del siglo XX.

3. La tensión modernización–identidad

Modernizaciones inacabadas

... recibimos [un nuevo siglo y un tercer milenio] viajando nuevamente en el furgón de cola de la modernidad que tanto hemos anhelado, debatido o rechazado en cada etapa de los últimos cinco siglos. La pareja de este debate de la modernidad, es el debate sobre la tradición. Ambos se funden en nuestras preguntas actuales.

Carlos Fuentes

En esta sección nos proponemos analizar, siguiendo el orden cronológico de los cuentos, cómo se representan en la ficción los diferentes procesos modernizadores de México, sus efectos en la cotidianeidad de los personajes y el posicionamiento de estos frente a dichas transformaciones.

Con este fin, partiremos de lo postulado por Devés Valdés, quien determina que el pensamiento modernizador se caracteriza por propiciar en los países periféricos la imitación de los modelos científicos, tecnológicos y productivos emanados de los países que se consideran centrales, en pos de superar la situación de atraso, promoviendo la inmigración y el intervencionismo de las naciones desarrolladas, en desmedro de los grupos étnicos y la cultura propios (2003:15)⁶.

Al respecto, Fuentes señala en *El espejo enterrado*, que la paradoja de América Latina es la de ser un continente con una identidad cultural fuerte y continua y, a su vez, con una incapacidad para establecer una identidad política y económica, debilidad que atribuye al afán de imponer modelos de desarrollo ajenos a la “realidad cultural” latinoamericana (1992: 11). Esta contradicción se expresa ficcionalmente en *La frontera de cristal*, localizada en el espacio particular de la frontera México-Estados Unidos, a través del relato de los vaivenes de los procesos modernizadores mexicanos viciados por la corrupción de los gobernantes y de personas vinculadas al poder. La novela sugiere que, a pesar de la proximidad física entre

⁶ Devés Valdés, que propone este marco conceptual para estudiar el pensamiento latinoamericano y “descubrir cómo se constituye una identidad intelectual”, considera como corpus privilegiado para este tipo de análisis los géneros discursivos de diversas disciplinas, tales como el ensayo literario, los trabajos sobre educación y cultura y las producciones de la sociología, la historiografía y la filosofía (2000: 15-21). Sin embargo, puntualiza que esa demarcación no es dogmática y admite el valor de otras fuentes, por lo que en este trabajo nuestra intención es ampliar la aplicación de dicho paradigma al estudio de una obra narrativa ficcional.

ambos países, México sólo recibe los desechos de Estados Unidos que, sin embargo, es percibido desde la margen sur como símbolo de progreso y modelo aspiracional:

mírenme, les dice Juárez desde el otro lado del río, yo no tengo nada y hasta olvidé lo que tuvieron mis abuelos, pero quiero ser como ustedes, próspero, rico, democrático, mírenme, compréndanme, mi carga es otra, quiero que nos gobiernen leyes; no tiranos, pero tengo que crear un Estado que haga respetar las leyes sin caer en despotismos (p. 682).

Si bien en algunos cuentos se delinear las características de las etapas modernizadoras que evocan, en la mayoría se ponen de manifiesto las consecuencias adversas que recaen sobre los personajes y sus juicios acerca de las crisis devenidas de aquellos procesos de desarrollo fallidos.

En el contexto de “una década de desarrollo perdido” iniciada en 1980 (Fuentes, 1992: 337), el primer personaje de la novela que hace una fuerte crítica a la situación del país es Juan Zamora. Según ya dijimos, Juan había llegado a Ithaca en 1981 por una beca que le otorgó Leonardo Barroso en atención a que su padre fue un honorable abogado que trabajó como administrador del empresario durante veinte años. Ante las críticas de su esposa por no saber aprovecharse de su puesto de gobierno como todos los demás, Gonzalo Zamora argumentaba que la honestidad era “recompensa suficiente” y que si se corrompiera estaría “engañando al ministro, al país y a sí mismo” (p. 523). Juan siguió el ejemplo moral de su padre, estudió la carrera de medicina, a instancias de su madre fue a especializarse en Estados Unidos y, de regreso en México, decidió ejercer como facultativo del Seguro Social. Sobre la base de estos principios, siente una gran tristeza e indignación por el fracaso económico de su país:

Vergüenza porque festejamos el auge como nuevos ricos. Pena porque la riqueza fue mal empleada. Vergüenza porque el Presidente dijo que nuestro problema ahora era administrar la riqueza. Pena porque los amolados siguieron siéndolo. Vergüenza porque nos volvimos frívolos, dispendiosos, esclavos de un capricho vulgar y de una cómica prepotencia. Pena porque no fuimos capaces de administrar ni la vergüenza. Pena y vergüenza porque no servimos para ser ricos, sólo nos conviene la pobreza, la dignidad, el esfuerzo... (p. 522).

El escenario al que alude Juan hace referencia al período del auge petrolero que se dio a fines de los setenta, principios de los ochenta, durante el gobierno del entonces presidente López Portillo (1976-1982). Como señalan Kehoe y Meza (2013: 253-254), en 1978 se descubrieron en México grandes yacimientos petrolíferos, lo cual tuvo un efecto significativo

en la política económica que llevó al gobierno a instrumentar una serie de medidas que promovieron la urbanización, la industrialización y la prestación de servicios de salud pública y educación, entre otras gestiones. Pero en 1981 la caída del precio del petróleo produjo un efecto negativo en las finanzas públicas, que se tradujo en aumento del déficit del sector público y crecimiento de la deuda externa. Dicho año es precisamente en el que se sitúa el cuento “La pena”, y, como sostiene el personaje principal, la riqueza del país fue mal administrada y el progreso y la prosperidad se vieron frustrados. De allí los sentimientos de “pena y vergüenza” frente a una ruina que pudo haberse evitado con una gestión honesta de los recursos.

El cuento avanza en el tiempo y, en 1985, la familia Wingate, que había alojado a Juan durante su estadía en Cornell, viaja a ciudad de México y es conducida en taxi por el chofer Leandro Reyes. Si bien Leandro y Juan pertenecen a clases sociales diferentes, sus opiniones acerca de la crisis del país son coincidentes y el taxista expresa a los pasajeros su fastidio sobre el mal manejo de las finanzas públicas: “hablaba interminablemente en inglés sobre deudas, inflación, el costo de la vida, devaluaciones del peso, merma de salarios, pensiones que no servían para nada, todo muy amolado” (p. 538). Las apreciaciones de este personaje constatan que cuatro años después la situación del país era la misma o incluso peor: el gobierno mexicano ya había anunciado que no podía hacer frente a los pagos programados de la deuda, con lo que se agudizaría la crisis y el estancamiento, resultado de los desequilibrios fiscales y del deterioro de las políticas e instituciones (Kehoe y Meza, 2013: 254).

Ambientado en los primeros años de la década del '90, el cuento “La capitalina” presenta al personaje que se ha enriquecido con la corrupción política y la especulación financiera, Leonardo Barroso. El relato remite al contexto de implementación del modelo económico liberal, iniciado durante la presidencia de Miguel de La Madrid (1982-1988) y consolidado por Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) a través de medidas como la privatización de empresas públicas, la liberalización comercial y la incorporación a la globalización, que, aunque en principio estabilizaron la economía, finalmente condujeron a una nueva crisis (Mayer-Serra, 1998: 624). En “La Capitalina” observamos que el único exitoso en esta situación es el “ex ministro”, quien sostiene que en México la riqueza y el poder no se ganan honestamente: “La inteligencia social y política del país consiste, más bien, en saber retirarse a tiempo y dejar abiertas las puertas a la renovación constante [...] ¿Robó mucho? Mejor. Es el pago social por saber retirarse y no volver a decir ni mu” (p. 506). Con sus negocios en la frontera, el “millonario norteamericano” logra una buena posición social, riqueza y una vida de lujos para él y su familia.

El hijo, Mariano, debería seguir el mandato de continuar la trayectoria paterna y, sin embargo, es el miembro más crítico de la familia y prefiere vivir en el rancho de sus padres, leyendo todo el día, sin más compañía que la de los “indios borrados” como él. Mariano critica el enajenamiento con respecto al lugar donde residen e incluso su estilo de vida:

¿Estaba más encerrado, más aislado él en el rancho del desierto que su familia en Disneylandia, sin ningún contacto con Campazas, con el país, ignorando cuanto ocurre del otro lado de sus altos muros, consumiendo pura cosa importada, mirando pura televisión por cable, tan encerrados como él? (p. 517).

La relación con su padre, por lo tanto, no es estrecha y termina de fracturarse por la inmoralidad de Leonardo, que seduce a la reciente esposa de Mariano, Michelina Laborde, representante de una familia de la vieja élite que es salvada de su declive mediante este casamiento que le ofrece como “complemento de su elegancia y belleza, el dinero sin el cual ella muy pronto dejaría de ser elegante y bella, sólo una aristócrata excéntrica” (p. 516). Completa la familia Doña Lucila, esposa de Leonardo y madre de Mariano, que disfruta de la posición y los lujos que le permiten la riqueza y centra su atención en las apariencias y el estatus social y, sin embargo, se halla insatisfecha. Como dice el narrador, incluyendo indirectamente el deseo de Lucila y sus amigas: “Ay, qué ganas de tomar el Grumman y salir volando a Vail ahorritita mismo ¿para qué, para encontrarse con más mexicas insatisfechos, aterrados de que todo el dinero del mundo no sirva estrictamente para un carajo porque siempre hay algo más, y más, y más inalcanzable...?” (p. 513).

Leonardo Barroso es también el dueño mexicano de la maquila donde trabajan las cuatro protagonistas del cuento “Malintzin de las maquilas”, situado temporalmente en 1994. Este tipo de industrias llega a México durante la presidencia de Díaz Ordaz (1964-1970) a través del Programa de Industrialización de la Frontera (PIF), basado en las necesidades de empleo de los mexicanos y de mano de obra en Estados Unidos (Verkoren y Hoenderdos, 1988: 28). Dicho acuerdo les permite a los “gringos” manufacturar todo tipo de artículos “con partes fabricadas en los EE. UU., ensambladas en México con trabajo diez veces menos caro que allá, y devueltas al mercado norteamericano del otro lado de la frontera con el solo pago del impuesto al valor añadido” (p. 585). En este cuento se describen precisamente las características y la proliferación de tales emprendimientos en el lado mexicano de la frontera, debido a que es un buen negocio para los empresarios estadounidenses. Las protagonistas son mujeres que soportan condiciones laborales muy precarias y viven en barrios marginales. Respecto a las maquiladoras, tenemos la visión del empresario, quien afirma a un grupo de

inversionistas norteamericanos que aquellas liberaban a las mujeres: “del rancho, de la prostitución e incluso del machismo [...] la independizaban, la modernizaban [...] se integraban a un crecimiento económico dinámico, en vez de vivir deprimidas en el estancamiento agrario de México...” (p. 589). No obstante, debajo de ese negocio lícito de “oportunidades”, las trabajadoras de la fábrica viven otra realidad: tienen que migrar forzosamente a Ciudad Juárez, perder sus costumbres, trabajar mucho y ganar poco y sufrir atropellos constantes de sus supervisores. En ese nuevo mundo de trabajo, las asalariadas tampoco pueden ascender porque se mueven “para los lados, como las cangrejitas” (p. 583) y mucho menos progresar, pues el beneficio no es para ellas, sino para los propietarios, que usufructúan la mano de obra barata de México:

De esas cosas ellas [las trabajadoras] no sabían mucho, Ciudad Juárez era simplemente el lugar de donde llamaba el trabajo, el trabajo que no existía en las rancherías del desierto y la montaña, el que era imposible hallar en Oaxaca o Chiapas o en el mismísimo D.F., aquí estaba a la mano, y aunque el salario era diez veces menos que en los EE. UU., era diez veces más que nada en el resto de México (p. 585).

Al respecto, Barahona y Sanabria (2008: 14) afirman que este tipo de desarrollo económico “constituye un espejismo de progreso en tanto sus utilidades son efímeras o ficticias en la medida en que responden a las necesidades de los empresarios y no de los trabajadores”. Las protagonistas del cuento llegan con una ilusión de mejora, pero terminan aceptando el trabajo ofrecido por un sueldo mínimo y padeciendo abusos de poder y precarización laboral. Como le dice Bernal a Candelaria: “aquí no le dan agua ni al gallo de la pasión, lo que uno necesita debe ganárselo a pulso, aquí declaran los costos y utilidades que se les antoja, aquí no hay seguros por riesgo de trabajo, ni medicaciones, ni pensión, ni compensaciones por dote, maternidad o muerte...” (p. 585).

Pero la asimetría no es sólo entre las trabajadoras y los dueños de las maquiladoras, sino que también se puede observar a escala urbana, comparando el barrio en el que viven, Bellavista, y la fábrica. En el recorrido en colectivo hacia el trabajo, Marina pide a sus compañeras que estén atentas a la contemplación de la “parte bonita”, que no deja de asombrarlas diariamente: “la fábrica montadora de televisores a color, un espejismo de vidrio y acero brillante, como una burbuja de aire cristalino, era como trabajar rodeadas de pureza, de brillo, casi de fantasía, tan limpia y moderna la fábrica...” (pp. 584-585). A su vez, Dinorah compara la maquiladora con el barrio de los poderosos, llamado irónicamente Disneylandia (p. 586). Por el contrario, cuando parten desde el barrio Bellavista, Marina ve “terrones”, “casuchas”, las barrancas de Juárez que “parecían hormigueros”. Esta visión la “avergonzaba,

la hacía compadecerse o sentir ganas de imitar a los que se iban del otro lado” (p. 582). La misma apreciación tiene Leonardo Barroso, quien le propone a su socio norteamericano un proyecto de fraccionamiento de los asentamientos del barrio, con la certeza de que “el verdadero negocio no son las maquilas. Es la especulación urbana” (p. 591). Por experiencia, el empresario mexicano anticipa la futura valorización de los terrenos de la colonia Bellavista, que “son un andurrial, puras chozas de mierda. En cinco años, valdrán mil veces más” (p. 591).

Un presente igualmente adverso vive la familia de Lisandro Chávez, que tuvo la oportunidad de progresar con una industria de refrescos de su propiedad, de comprar una casa, de mandar a su hijo a una escuela privada, pero la crisis les jugó una mala pasada. Con la devaluación del ‘94, el padre ya no pudo pagar sus deudas en dólares para renovar la fábrica, ni la hipoteca de la casa: “una familia como la suya no iba a aguantar veinte años de crisis, deuda, quiebra, esperanzas renovadas sólo para caer de nueva cuenta en la crisis, cada seis años, cada vez más, la pobreza, el desempleo...” (p. 620). En el marco de estas circunstancias desfavorables, el padre pierde su fuente de ingresos y es presa del desaliento, la madre mitiga la escasez haciendo labores de costura y Lisandro tiene que unirse al “sacrificio de todos, al país sacrificado, mal gobernado, corrupto, insensible” (p. 621). Consigue trabajo como limpiador de vidrios en Manhattan durante los fines de semana, a través del negocio que lleva a cabo Barroso con el país vecino: “Apenas aprobado el Tratado de Libre Comercio, don Leonardo inició un intenso cabildeo para que la migración obrera de México a los Estados Unidos fuese calificada como «servicios», incluso como «comercio exterior» (p. 617).

Leonardo Barroso sabe que los trabajadores son necesarios en Estados Unidos y así se lo remarca al Secretario del Trabajo estadounidense Robert Reich, argumentando que para evitar que la “exportación de trabajo” se vuelva un conflicto, tiene un plan que consiste en “evitar el paso por la frontera. Evitar la ilegalidad” (p. 618). El contrato de servicios lo decía explícitamente: los trabajadores partían de México a Nueva York los viernes a la noche para trabajar los sábados y domingos y regresar por la noche. El beneficio de este negocio y la ventaja económica era para los norteamericanos: “Con todo y los pasajes de avión, sale más barato que contratar trabajadores aquí en Manhattan. Nos ahorramos entre el 25 y 30 por ciento –le explicaron sus socios gringos–.” (p. 622). Al ver a sus sacrificados compatriotas abordando el primer vuelo del reciente negocio, Leonardo piensa: “El país estaba tan amolado, después de haber creído que ya la había hecho; soñamos que éramos del primer mundo y amanecimos otra vez en el tercer mundo. Hora de trabajar más por México” (p. 622), remarcando, también él, un empresario exitoso, las adversidades del país.

Una de las imágenes más vivas de la frontera y del disímil desarrollo entre el Norte y el Sur aparece en el monólogo interior de Emiliano Barroso, el hermano del empresario, abandonado en “la raya”, quien observa el entorno y se cuestiona su identidad, su pertenencia:

Postes y cables. Alambradas. Pavimentos. Muladares. Techos de lámina. Casas de cartón prendidas en los cerros. Antenas de televisión arañando las barrancas. Basureros. [...] Y rumor de pies. Veloces. Cruzando la frontera. Abandonando la tierra. Buscando el mundo. Tierra y mundo, siempre [...] ¿A qué país pertenezco? ¿A qué memoria?... (p. 577).

De acuerdo con Emiliano, México vive en la miseria, pero en la tierra, la naturaleza; en tanto que Estados Unidos vive en el mundo. El primero, con una modernización a medias; el segundo, modelo de modernización. Apartado de la comunidad que no lo acepta ya que ha vivido por sus ideales sociales, este luchador gremial, de izquierda, intentó siempre defender a sus compañeros, con quienes se siente hermanado. No tiene lugar en este nuevo mundo neoliberal porque según sus hijos, la lucha de Emiliano conspiró contra el bienestar, la asimilación al progreso, a la oportunidad, al Norte, porque no supo hacer dinero como su hermano, quien entendió todo lo que él ignoró o despreció: “La pobreza no se reparte. Primero hay que crear riqueza. Pero la riqueza descende de a poco como gotitas” (p. 574). Sin embargo, cuando los hijos fueron a pedirle ayuda a su tío Leonardo Barroso, él “les dijo lo mismo que ellos y el mundo me dicen a mí. Mi riqueza la hice con mi esfuerzo. No tengo por qué mantener a una familia de vagos e ineptos” (p. 574). Como consecuencia, los hijos y los nietos tienen que trabajar en comercios e industrias de capitales estadounidenses sin poder progresar, ya que terminan siendo esclavos de dicho proceso, sin posibilidades de ascenso social ni de mejores oportunidades laborales. Fiel a sus ideales, Emiliano se desmarca de su hermano, al que identifica con “Contratos. Su nombre es Contrabando. Su nombre es Bolsa de Valores. Carreteras. Maquilas. Burdeles. Bares. Periódicos. Televisión. Narco-Dólares. Y un desigual combate con un hermano pobre. Una lucha entre hermanos por el destino de nuestros hermanos” (p. 575).

El desenlace de las historias de los personajes de diversos cuentos se halla en “Río Grande, Río Bravo”, ya que se resuelven en los microrrelatos que lo conforman. El río en tanto frontera, transforma la vida de los que transitan de uno y otro lado que, en referencia a sus situaciones migratorias, laborales o culturales son etiquetados como ilegales, coyotes, pochos, chicanos.

Unida a la recurrencia de las crisis, la falta de trabajo, las necesidades económicas y la desilusión de los personajes mexicanos aparece la problemática de la migración. Uno de los microrrelatos narra el cruce de frontera de cuatro generaciones de una familia, los Ayala, en una historia paradigmática del empeoramiento de las condiciones migratorias conforme avanzan los tiempos. Fortunato Ayala salió de México huyendo de la Revolución hacia 1915 y consiguió trabajo en Chicago, en el acero, donde la mitad de los trabajadores eran del país del sur. De esta forma, se estableció una tradición: el pueblo viviría de las remesas que mandaban los jóvenes que se sacrificaban yendo al norte a trabajar. Pero con el desempleo norteamericano de 1930, Fortunato fue deportado junto con miles de compatriotas, dejando allí una hija (p. 654). Al cabo de los años, durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos comenzó a necesitar nuevamente mano de obra y en dicho período llegó legalmente como bracero Fortunato Hijo a California, aunque su situación era muy precaria y él sabía que allí era solo un trabajador bueno y seguro y no un ciudadano (p. 654). Esta circunstancia alude a la primera etapa de migración masiva que tuvo lugar entre 1942 y 1964, que se desarrolló en el marco del Programa Bracero, que favoreció y consolidó un flujo circular y recurrente, compuesto mayoritariamente por hombres jóvenes, provenientes de zonas rurales del occidente de México, que se empleaban temporalmente como jornaleros agrícolas y peones de la construcción y del ferrocarril, principalmente (Driscoll, 1999, como se citó en Canales, 2002: 48). De la siguiente generación es representante Salvador Ayala, quien encontró la frontera cerrada, puesto que los mexicanos ya no eran necesarios. No obstante, se arriesgó a cruzar como ilegal, a volverse un “espalda mojada”, porque en épocas de cosecha la ley no valía, porque el patrón decidía cuándo tratarlo como trabajador contratado y cuándo como criminal y entregarlo a la “migra” (p. 654). Podemos situar la circunstancia de Salvador en la etapa posterior a la finalización del Programa Bracero que se extendió hasta fines de la década de 1970. En este período predominó la migración indocumentada, la cual reprodujo, en parte, las características sociodemográficas y ocupacionales de los migrantes de la época anterior, así como la modalidad circular y recurrente de sus desplazamientos (Gástelum, 1991 y Bustamante, 1975, como se citó en Canales, 2002: 48). La última etapa es la vivida por Benito Ayala, en la década del '90, que resulta ser la peor época, porque sigue habiendo necesidad y miedo por parte de los mexicanos, pero también hay odio del otro lado: “extendió hasta donde pudo los brazos en cruz, crispando los puños, mostrando el cuerpo listo para trabajar, pidiendo un poco de amor y compasión, no sabiendo si cerraba los puños por coraje, desafío o de plano resignación y desánimo” (p. 656). De acuerdo con Canales, esta última etapa comprende desde la década de 1980 al 2000 y se caracteriza por la incorporación de nuevos componentes al flujo migratorio que contribuyen a modificar y a

hacer más compleja tanto la dinámica y las modalidades migratorias como el perfil sociodemográfico y las pautas de inserción laboral de los migrantes en Estados Unidos (p. 48). El microrrelato atraviesa casi todo el siglo XX, para dar cuenta del cambio de las condiciones de aceptación por parte de la sociedad receptora. Fortunato padre había llegado a Estados Unidos y había logrado insertarse en lo laboral, aunque luego fue deportado a causa de la crisis del '30; Fortunato hijo migró legalmente como trabajador, pero no se hizo ciudadano norteamericano porque amaba México y quería regresar; Salvador tuvo que cruzar como ilegal librado a un sistema de contratación arbitrario; en tanto que Benito Ayala está dispuesto a migrar por absoluta necesidad en una situación cada vez más precarizada y riesgosa, a la que se suma el odio de la sociedad estadounidense.

Otro caso es el de Margarita Barroso y su familia, quienes decidieron asentarse en Estados Unidos como una oportunidad para progresar. La sobrina del empresario intenta ocultar su nacionalidad mexicana y cruza todos los días la frontera, legalmente, para trabajar en la maquiladora de su tío. Sin embargo, reconoce que el haber seguido las reglas, ser disciplinada y ambiciosa no le había servido:

Parada allí en la frontera esperando pasar entre este margallete de la manifestación que todo lo había interrumpido, ansiosa por largarse de México cada noche, aburrida de cruzar pa' Juárez todas las mañanas entre armazones de fierro, cementerios de rascacielos a medio construir por la mala suerte repetida de México: se acabó la lana, llegó la crisis, entamaron al empresario, al funcionario, al mero mero, y ni así se acaba la corrupción, jodido país, chingado país, desesperado país como una rata sobre una noria, haciéndose la ilusión de que camina pero nunca cambia de lugar... (p. 662).

En algunos microrrelatos aparecen nuevos personajes tales como Serafín Romero, quien, a los veintiséis años, decide irse de su pueblo al norte diciéndole a su gente que México no tiene remedio: “porque el gobierno y el partido organizan la corrupción, la dejan florecer tantito y luego la organizan como un alivio para que todos acepten la consigna: el PRI o la anarquía, ¿qué prefieren?” (p. 665). En Estados Unidos asalta trenes para luego vender en México los objetos robados y, a la vez, llena esos vagones de indocumentados mexicanos para hacerlos ingresar en Norteamérica. Su primo, Gonzalo Romero es pasador o coyote e intenta ayudar a los “paisas” a cruzar la frontera. En esa noche de 1995 que cierra la novela, procura pasar a cincuenta trabajadores, pero sólo contratan a veintisiete de ellos y los restantes deben regresar. En el desierto son rodeados por un grupo de motociclistas con los brazos tatuados con insignias nazis, las cabezas rapadas, las sudaderas con las palabras de la supremacía blanca, las manos levantadas en el saludo fascista y disparan a quemarropa: “cuando todos estaban

muestran, uno de los skinheads bajó de la moto y revisó con la punta de la bota la cabeza sangrante de cada uno, habían apuntado bien, a las cabezas...” (p. 681). En esta imagen salvaje del odio hacia los inmigrantes, observamos la contracara de lo “civilizada” y “racional” que pretende ser la sociedad estadounidense.

La violencia fronteriza alcanza también a Leonardo Barroso que es acribillado por un sicario pagado por los socios norteamericanos del empresario, para acallar sus extorsiones en demanda de una parte mayor en los negocios ilícitos que comparten:

¿Dónde estaba Leonardo Barroso un minuto más tarde?

Acribillado, atravesado por cinco tiros de alta percusión, el chofer muerto al volante, Michelina milagrosamente viva [...]

¿Dónde estaba Juan Zamora dos minutos más tarde?

Al lado del cuerpo de Leonardo Barroso, atendiendo al urgente llamado —¡médico, médico!— que escuchó al cruzar el puente internacional [...]

¿Qué hacía Rolando Rozas tres minutos después?

Hablaba por su celular para transmitir la noticia escueta, trabajo cumplido, ninguna complicación, cero errores... (pp. 684-685).

Frente a la indiferencia por el sufrimiento de los trabajadores mexicanos hay personajes que, como los Romero, realizan pequeños gestos esperanzadores con la intención de ayudar a sus compatriotas. Otra actitud fraternal es la de Mario Islas, hijo de mexicanos, aunque nacido en Estados Unidos, guardián en la patrulla fronteriza. Aunque al principio le gustaba su trabajo, la exasperación comenzó a ganarle porque la violencia iba en aumento, ya que su superior, Dan Polonsky, hijo de inmigrantes europeos, era implacable en su odio a los mexicanos (p. 668). En medio de esas contradicciones, se choca con un muchacho que dice ser su ahijado Eloíno y le manifiesta lo que Mario ya sabe, que va a regresar, aunque lo atrapen mil veces porque necesita trabajar para poder comer. El guardia franquea el paso a ese joven al que nunca había visto en su vida y se despiden estrechándose en un abrazo “como sólo dos mexicanos saben hacerlo” (p. 669). La solidaridad también es el motor de Juan Zamora, el médico que recuerda lo que aprendió en sus tiempos de estudiante sobre “la hipocresía y la arrogancia que puede cometer el buen pueblo yanqui” (p. 672) y cruza la frontera con su maletín y sus medicinas, porque siente que tiene el deber de auxiliar a sus coterráneos, privados de asistencia sanitaria en Estados Unidos.

En síntesis, pudimos observar en este apartado la representación ficcional del desarrollo de la modernización gestada en México a partir de los '80, con la explotación petrolera, su auge y posterior crisis; la proliferación de las industrias en la frontera, su demanda de mano de obra y el consecuente incremento de las migraciones; la inserción del país en la globalización; la firma del TLCAN y, en contrapartida, el recrudescimiento del control migratorio. La novela se

nutre de esos procesos para indagar en las transformaciones político-económicas, sociales, culturales y demográficas que conllevan. Además, la crítica a las malas administraciones, la corrupción y la fuga de capitales recorre los relatos y demuestra sus consecuencias en la vida de los personajes: desigualdad, marginación y pobreza para los trabajadores; ventaja y progreso para los que saben aprovecharse.

Identidades múltiples

Yo creo que no hay identidades fijas. La identidad es ... una fiesta móvil, algo que se hace y nos hace constantemente. Por eso no creo que haya identidades nacionales únicas. [...] Para mí la identidad es un hecho fraternal, de encuentros y no de separaciones, divisiones y finalmente fosilizaciones que pretenden un supuesto carácter metafísico de las naciones o de las personas.

Carlos Fuentes

En esta sección relevaremos las reacciones identitarias de los diversos personajes frente a los procesos de cambio gestados en sus nuevas experiencias de vida. En un primer abordaje Devés Valdés había caracterizado la identidad como:

Ese afán por vivir un ritmo autóctono y autónomo, buscando un modelo de vida en el interior de la propia cultura e historia –apuntando más que a abrirse a encontrarse a sí mismos–, que permita el despliegue de un modo de ser y el encuentro de modelos auténticos de economía política u organización social (2003: 15).

Sin embargo, más adelante flexibiliza su postura y afirma que su objetivo es mostrar cómo expresiones distintas y opuestas en ocasiones se articulan constituyendo un espacio intelectual continental (2004: 17). La identidad se transforma en un punto clave, como el mismo autor sostiene: “más allá de la reconceptualización del fenómeno o de la discusión sobre los verdaderos alcances del concepto ‘identidad’, nos encontramos con una preocupación difusa, no del todo homogénea, aunque extremadamente fuerte, en torno de la cual es posible organizar (casi) todo el pensamiento de la última década” (2004: 32). Por lo tanto, las líneas a partir de las que se ha pensado el tema identitario son abundantes y heterogéneas y consideramos que Carlos Fuentes se inscribe en este espacio intelectual en disputa que tiene como eje la cuestión de la identidad.

Una de las obras más notables de la época sobre el tema, por su deconstrucción de los discursos nacionalistas, es *La jaula de la melancolía* (1987) de Roger Bartra. El autor estudia

la cultura política dominante en el México posrevolucionario y afirma que el llamado “carácter nacional” es una construcción imaginaria realizada por las élites intelectuales y políticas, mediante la codificación de una serie de estereotipos cuyas huellas se “reproducen en la sociedad provocando el espejismo de una cultura popular de masas”. Es decir, que los estereotipos puestos en circulación por la intelectualidad mexicana se pueden interpretar como dispositivos simbólicos que legitiman la hegemonía del Estado post-revolucionario: “es el abrevadero común en el que se sacia la sed de identidad, es el lugar de donde provienen los mitos que no sólo le dan unidad a la nación, sino que la hacen diferente a cualquier otra...” (1987: 16). Estas simplificaciones justifican, según Bartra, la explotación u opresión de las clases bajas al atribuirle a una amplia fracción de la población características ‘naturales’ como la tendencia a la corrupción, la pereza, la fiesta o la melancolía. Asimismo, dichas características legitimarían al Estado para conducir a la sociedad hacia la modernidad, una modernidad que, por otra parte, se presenta siempre diferida.

En el análisis del apartado anterior pudimos reconocer la construcción novelística de diferentes tentativas de modernización en México, la postura de los personajes acerca de las mismas, así como también el impacto de esos cambios en sus cotidianidades. Con respecto a la idea de identidad nacional fundada desde las élites intelectuales y políticas, la representación de las movilizaciones humanas en diferentes cuentos y las experiencias de los personajes en distintas épocas y lugares quebranta dichas nociones. De acuerdo con los postulados ensayísticos de Carlos Fuentes, la identidad no se gesta en las élites sino en el pueblo, está en constante proceso de construcción, pero asentada en el pasado y la cultura de pertenencia. Además, el autor cree en la necesidad de un otro para que cada uno pueda completar su visión de la realidad y de sí mismo, por lo que propone que “preservemos nuestra identidad nacional y regional, pero también pongámosla a prueba, aceptemos el desafío del otro. El otro define nuestro yo. Una identidad aislada pronto fenece. Sólo las culturas que se comunican viven y florecen” (2000: 25). La citada premisa autoral nos ha permitido observar que la dilucidación de la identidad en varios cuentos de *La frontera de cristal* se resuelve mediante la confrontación antitética yo/otro, de modo tal que los personajes logran asumirse o derribar prejuicios, a partir del contraste con un opuesto por nacionalidad, cultura, clase social, etc.

Para desarrollar el tema y seguir su evolución, retomaremos la secuencia cronológica que trazamos como hilo conductor, lo que nos remonta a la década de 1970 en Chicago, coordenadas del relato “Las amigas”. Como ya mencionamos, este cuento es protagonizado por Miss Amy Dunbar y Josefina Ayala y su tema principal se centra en la relación asimétrica entre ambos personajes. La primera es la dueña de casa, una mujer que vive solitaria en los

suburbios de Chicago, tiene ochenta años, tez blanca y es prejuiciosa, autoritaria y racista, lo que provoca la renuncia sistemática del personal doméstico que emplea. El único de la familia que aún se ocupa de ella es su sobrino Archibald, un abogado que trata de convencer a su tía en favor de Josefina, una joven de cuarenta años, mexicana, de tez ceniza, que se caracteriza por su sencillez y obediencia. No obstante, Miss Amy se niega, en principio, a contratar a una sirvienta mexicana por su idea de que todos los mexicanos son holgazanes. Esta noción la estudia Bartra (1987) en su capítulo acerca del luto primordial, donde señala que la idea de que los mexicanos son abúlicos y perezosos se origina en el ideario colonialista y racista y, posteriormente, es tomada y reelaborada por la conciencia nacionalista como una forma de oponerla, orgullosamente, a los valores pragmáticos que se asignan a los anglosajones (p. 46). En este caso es Miss Amy, la estadounidense, quien acoge el supuesto acerca de los mexicanos.

Por su parte, Josefina demuestra con sus actos que el prejuicio no tiene razón de ser, al decidir cumplir al pie de la letra las instrucciones de Archibald (p. 606) para que su empleadora se sienta cómoda y para conservar su trabajo. De esta forma, le está dando, en parte, la razón al joven abogado ya que, en su intento por defender a los mexicanos, utiliza otro estereotipo acerca de ellos, indicándole a su tía que es gente muy servicial y acostumbrada a obedecer (p. 604). No obstante, Miss Amy, obstinada, defiende sus creencias: “Te prohíbo que toques mis clichés, sobrino. Son el escudo de mis prejuicios. Y los prejuicios, como la palabra lo indica, son necesarios para tener juicios. Buen juicio, Archibald, buen juicio...” (p. 603). Pero las ideas de la señora, fundadas en “la autoridad del prejuicio, la falta de pruebas, la irracionalidad” (p. 608), se ven desacreditadas por las acciones de la empleada que es silenciosa (p. 605), limpia (p. 607), puntual (p. 612) y laboriosa.

Además de xenófoba, Miss Amy es racista. Al principio ni siquiera le dirigía la mirada a Josefina: “La vio por primera vez y confirmó todas sus sospechas. Era una india” (p. 605). La denigra frente al espejo por el color de su piel (p. 608) y, ante el ataque, la muchacha replica, ingeniosamente, que en México hay mucha gente rubia y que, en realidad, “todos somos hijos de Dios” (p. 608).

La intolerancia de Miss Amy también se manifiesta en lo religioso, ya que atribuye a Josefina, practicante de la fe predominante en México, el catolicismo, un “papismo sacrílego” cuya devoción se manifiesta en el culto a estampas de los santos, imágenes religiosas, exvotos, que a la señora le resultan excesivos y le producen rechazo (p. 609).

La anciana, pertinaz, cuestiona que los mexicanos “se la pasan de fiesta, el año entero, que el santo tal y la mártir cuál... ¿Por qué hay tantos santos en México?” (p. 611). Con un discurso semejante, Paz (1950: 43) había expresado la inclinación del mexicano hacia las

fiestas, en tal medida que no bastan las celebraciones que ofrecen a todo el país la Iglesia y la República, sino que la vida de cada ciudad y cada pueblo está regida por un santo al que se festeja con regularidad, los barrios y gremios también las tienen, así como cada uno de los individuos posee un santo al que honrar. Sobre la base de este estereotipo, que es tomado y reelaborado en la novela, Miss Amy le propone a Josefina hacer una fiesta en la parte trasera del jardín. Pero a medida que van llegando los mexicanos, los espía y se enfrenta a su alteridad: “Eran otros, ajenos, confirmaban a la señorita en su repulsión, en su prejuicio” (p. 613). Por esta razón, los humilla y los echa de la casa, con lo que finaliza la fiesta ante la sumisa aquiescencia de Josefina. La modestia, sinceridad y amor de la joven empleada logran vencer los prejuicios y el resentimiento de Miss Amy y así, el cuento finaliza con un abrazo esperanzador:

Esa noche [...] las dos manos tensas y antiguas de Miss Amelia Ney Dumbar tomaron las manos fuertes y carnosas de Josefina. Miss Amy se llevó las manos de la criada a los labios, las besó y Josefina abrazó el cuerpo casi transparente de Miss Amy, un abrazo que, aunque nunca se repitiese, duraría una eternidad (p. 616).

Estos personajes antitéticos nos permiten observar cómo Josefina logra derribar una por una las ideas sin fundamento que tenía Miss Amy acerca de ella y de los mexicanos en general, a la vez que demuestra una gran fortaleza para soportar los desplantes de su empleadora, contestando sus agravios con humildad y buena educación, lo que le granjea la aceptación final.

Continuando con la cronología, nos situamos en Ithaca, en 1981, con el cuento “La pena”. Durante la estadía de Juan Zamora en Estados Unidos, el estudiante se aloja en la casa de la familia Wingate y entabla una relación basada en las apariencias. Juan busca la aprobación de sus anfitriones y, a través de ellos, de la sociedad norteamericana (p. 533), por lo que miente sobre su condición social al afirmar: “Mi familia es muy antigua. Siempre hemos sido ricos. Tenemos haciendas, caballos, criados. Con el petróleo, simplemente viviremos como siempre, pero con más lujo aún” (p. 528). Asimismo, manifiesta su corrección política, plegándose a las opiniones aprobatorias del señor Wingate sobre las acciones del presidente Reagan para detener el comunismo en Latinoamérica (p. 525). Debido a este disfraz que asume, la familia norteamericana se muestra contenta con la buena educación de los “aristócratas españoles” (p. 528) y la anfitriona evita llamar “mexicano” al estudiante, supuestamente rico, por temor a ofenderlo (p. 528).

Sin embargo, al enterarse de los rumores de su “asociación homosexual” (p. 532), con un compañero de la universidad, se vuelven distantes. Así Juan comprende que, en esa

sociedad, “los mitos de la homosexualidad eran los peores. Él entendía. Los Wingate no toleraban a una pareja gay. No era la diferencia racial ni la diferencia social lo que les molestaba” (p. 532). Sus anfitriones sucumben ante el prejuicio y afirman que no quieren exponer a su hija a una situación de escándalo. No podía pedirles que lo aceptaran porque: “los prejuicios no se extirpaban de un día para otro, eran viejísimos, tenían más realidad, vamos, que un partido político o una cuenta de banco. Negros, homosexuales, pobres, ancianos, mujeres, extranjeros...la lista era interminable” (p. 535).

La relación sentimental del mexicano con su condiscípulo, Jim Rowlands, está tramada mediante las oposiciones de orden racial, en tanto que Juan es moreno (p. 530) y Jim rubio (p. 531); socioeconómico, ya que el primero es pobre y el segundo es rico (p. 534) y, finalmente, cuando la relación concluye, se observa también la discrepancia sobre las expectativas de futuro: “desolado” para Juan, “feliz, cómodo y seguro” para Jim (p. 536). Esta confrontación con la alteridad le permite al protagonista asumir su homosexualidad y su vocación de servicio como médico de los sectores más vulnerables. Juan Zamora aún “siente pena, siente vergüenza, pero tiene compasión” (p. 539).

Los restantes cuentos que nos interesa analizar transcurren en la década de 1990. De acuerdo con la cronología, “La apuesta” está situado entre 1992 y 1994. El personaje principal, Leandro Reyes, carga con los mitos del mexicano inmerso en la soledad, que sustituye su ser auténtico por el de un personaje ficticio (Paz: 1950), y del “héroe agachado” y el mexicano machista (Bartra: 1987).

La historia comienza cuando el protagonista conoce a Encarna Cadalso, una española nacida en Asturias, desenfadada, lúcida y frontal y, a partir de ese encuentro, comienza a conocerse a sí mismo. Ambos son guías de turismo, Leandro en Ciudad de México y Encarna en las cuevas de Altamira. En sus primeras conversaciones, predominan las confrontaciones y el mexicano exhibe un comportamiento estereotipado, que revelaba una mezcla de “aire culterano con una bárbara violencia física” (p. 636). Su apuesta era: “Sé audaz, imponente, no te midas, Leandro, corre el riesgo de que te despidan, y ya verás como en casi todos los casos, la gente se hace chiquita” (p. 637). A su altivez y desprecio Encarna responde con observaciones sobre su personalidad: “respétate a ti mismo” (p. 636), “deja de comportarte como un machito de mierda” (p. 637), o “déjame enseñarte a pasarla bien. Joder, a mí no me engañas. No eres más que un inseguro disfrazado de arrogante” (p. 638). En el recorrido turístico que realizan por México, Leandro lleva a los turistas a Cuernavaca donde, con Encarna, observan los murales de Diego Rivera en el Palacio de Cortés e intercambian puntos de vista sobre la conquista y lo que cada cultura le debe a la otra. En ese diálogo, comienzan a

entenderse y llegan a adquirir confianza mutua. Leandro le cuenta a Encarna su historia familiar: su padre “era agachado, sumiso, esclavo” y él decidió rebelarse contra eso. Al respecto, Encarna le aconseja: “no dejes pasar tus propias oportunidades” (p. 639). De regreso a Ciudad de México, pasan la noche juntos y “convinieron en que era un amor imposible, pero había valido la pena” (p. 641). Luego de estas experiencias, Leandro comienza a resistirse al encasillamiento en los estereotipos mexicanos del “héroe agachado” y del “machista”, pues “conociendo a Encarna, sentía que todo lo falso y mamarracho de su vida se iba quedando atrás” (p. 641).

En un momento en que teme no poder contener el “coraje” si no vuelve a verla, le surge a Leandro una oportunidad de trabajar como chofer de Leonardo Barroso (p. 642) y de viajar a España, donde se reencuentra con la asturiana. Allí, el protagonista trasciende los estereotipos y asume su identidad personal: “en brazos de Encarna, Leandro sintió que ya no tenía que fingir nada, el tiempo de la inseguridad y de la fanfarronada quedaba atrás, ya nunca más diría ‘todos estamos jodidos’, de ahora en adelante diría ‘así somos, pero juntos podemos ser mejores’” (p. 647).

Sin embargo, el cuento tiene un desenlace trágico. En contrapunto a la historia antes analizada, se narra la de un joven español que decide aceptar la apuesta de un “viejo” que busca venganza por una golpiza a su hijo Paquito, el “idiota del pueblo”. Dicha apuesta consistía en cruzar el túnel de La Luna en sentido contrario (p. 646). En ese cruce, el joven de 19 años siente que “esto era ser auténtico, ser tú mismo” (p. 650) y colisiona contra el auto en el que van Encarna y Leandro en sentido correcto, este último “sin rubor, sin machismo, sin complejos, sin resentimiento o desconfianza” (p. 647) aunque camino a la muerte.

En “Malintzin de las maquilas”, como ya analizamos anteriormente, se aborda el avance de la modernización con la instalación de las maquilas en Ciudad Juárez. Este negocio moviliza numerosas migraciones a la frontera, mayoritariamente de mujeres jóvenes que, en esos desplazamientos, ponen en crisis su identidad y dan principio a un proceso de reacomodo. Ninguna de las protagonistas es fronteriza (p. 587), lo que las lleva a contarse historias sobre sus orígenes, asombrándose de las cosas que las diferencian, pero también por las coincidencias con respecto a sus familias, pueblos y parentescos (p. 586). En este sentido, su identidad aparece dividida por la antinomia pasado-memoria-amor y presente-olvido-desamor: “¿era mejor dejar atrás todo eso, borrar la memoria, resolverse a empezar una nueva vida aquí en la frontera?, ¿o era necesario alimentar el alma con el recuerdo?” (p. 587).

Cada una de las trabajadoras migrantes asume una postura diferente frente al desarraigo. Candelaria viste ropa tradicional mexicana (p. 585) y se lleva a sus hijos, su hermano y su padre

a vivir a la frontera. Este último es importante para ella porque representa “el recuerdo”, la memoria: “mientras mi padre esté en la casa, yo no olvidaré. Vieran qué bonito es tener cosas que recordar” (p. 588).

En *El espejo enterrado* (1992), Fuentes se refiere al aprecio que los migrantes asentados en la frontera demuestran por sus mayores:

Los Hispánicos hablan de otro valor que es el del respeto, el cuidado y la reverencia debidos a los viejos, el respeto hacia la experiencia y la continuidad, más que el asombro hacia el cambio y la novedad. Y este respeto no se constriñe al hecho de la edad avanzada, sino que se refiere al carácter básicamente oral de la cultura hispánica, una cultura en la cual los viejos son los que recuerdan las historias, los que poseen el don de la memoria (p. 378).

Por el contrario, Dinorah sostiene que los recuerdos “nomás duelen” (p. 588) y prefiere olvidar su pasado, mientras que Rosa Lupe, centrada en trabajar para conseguir objetivos materiales, sufre el desarraigo y siente nostalgia de su tierra, de su familia y de las tradiciones religiosas pueblerinas. Las mujeres asumen un nuevo rol en este nuevo contexto: “la mitad de las que chambeamos aquí mantenemos el hogar. Somos lo que se llama jefecitas de familia” (p. 584). Su liberación de los deberes es los viernes, el “día de amigas”, que consiste en ir a bailar a una discoteca y mirar los espectáculos de la nueva cultura, como *stripers* y desfiles de novias caricaturescos (pp. 594-97), de forma que la fiesta mexicana es reemplazada por una diversión foránea. Finalmente, la carencia de apoyo familiar lleva, en este cuento, a un desenlace funesto: Dinorah, madre soltera, no tiene quien cuide a su hijo mientras ella cumple con su jornada laboral y lo deja solo, atado a una pata de la mesa, lo que provoca la muerte accidental del pequeño. El pasado ingresa en la reflexión sobre el presente en la voz de un viejo:

el padre de la Candelaria, detenido en el quicio de la puerta, se preguntó en voz alta si habían hecho bien en venirse a trabajar a Juárez, donde una mujer tenía que dejar solo a un niño, amarrado como un animal a la pata de una mesa, el inocente, cómo no se iba a perjudicar, cómo no. Todos los rucos comentaron que eso en el campo no pasaría, las familias allí siempre tenían quién cuidara a los niños, no era necesario amarrarlos, las cuerdas eran para los perros y los marranos (p. 598).

Observamos que en este cuento las identidades se piensan en relación con el desarraigo. Algunas de las protagonistas deciden olvidar, otras recordar, pero la desintegración familiar es una de las imágenes más fuertes del relato, llevada al extremo de desencadenar la muerte de un niño por falta de cuidado.

Un caso también desalentador es el de “La frontera de cristal”, que pone al personaje Lisandro Chávez frente a la posibilidad de iniciar una relación con una mujer norteamericana que lo ve con agrado a través del cristal que él está limpiando en el edificio donde ella trabaja. La joven le escribe su nombre, pero Lisandro no puede corresponder a la presentación con el suyo debido a que homologa su identidad con su nacionalidad en una ecuación que no resulta positiva, sino que marca el sentimiento de inferioridad del protagonista:

Ella escribió su nombre en el cristal con su lápiz de labios. Lo escribió al revés, como en un espejo: YERDUA. Parecía un nombre exótico, de diosa india. Él dudó en escribir el suyo, tan largo, tan poco usual en inglés. Ciegamente, sin reflexionar, estúpidamente quizás, acomplexadamente, no lo sabe hasta el día de hoy, escribió solamente su nacionalidad, NACIXEM (p. 633).

La identidad cultural se representa en el cuento “El despojo” situado, de acuerdo con las referencias, en 1994. Dionisio “Baco” Rangel es famoso desde joven por su participación en un programa radial, en el que “dio sin titubear la receta de las tortitas de tuétano poblanas” y, desde entonces, se dedica al arte culinario como profesión. Este personaje establece que la cocina mexicana es una de las cinco grandes cocinas del mundo y formula la explicación histórica de que “sólo hay grandes cocinas nacionales cuando surgen del pueblo” (p. 542). Para Dionisio no son los ricos “quienes dictan desde arriba el gusto culinario”, sino que es el pueblo “quien, desde abajo, inventa y consagra los platillos de las grandes cocinas” (p. 543).

A partir del reconocimiento en su país y en el extranjero, el protagonista, mexicano de 51 años, “zorro plateado, hombre interesante, galán maduro” (p. 545), pasa a ser “celebrado y bien pagado” en Estados Unidos, adonde es convocado dos veces al año para impartir cursos y conferencias en universidades (pp. 541-42). A lo largo de sus diversas estadías llega a diferentes conclusiones, entre ellas, le confiere a “los gringos todo el todo el poder del mundo” pero la desventaja de carecer de “una cultura aristocrática” como la de México donde, a pesar de sus problemas: “hasta un bandido era cortés, hasta un analfabeto, culto, hasta un niño sabía decir buenos días” (p. 547), por lo que el país latinoamericano le parece superior a Estados Unidos en cuanto a sus buenas maneras y a la comida. Dionisio describe la cocina mexicana como “un universo en sí”, “una constelación aparte, que se movía en las bóvedas celestes del paladar con trayectorias propias” (p. 540) en contraposición a la “comida institucional, generalizada” de Estados Unidos, una cocina de “muy pobre perfil” que, además, está acompañada del “espanto de sentarse a cenar a las cinco de la tarde” (p. 542). En sus clases les habla a sus alumnos, unos “majaderos”, de la valoración del buen comer, que puede ser frugal (p. 543) aunque, por el contrario, ellos celebran la abundancia, exhibiéndose “con los cachetes

llenos de hamburguesas despanzurradas; las panzas, de pizzas del tamaño de una rueda de carreta; y las manos, de sándwiches altos...” (p. 544)⁷. Además, la gastronomía mexicana es, para el protagonista, una herramienta para reconquistar el territorio del que México fue despojado en 1848. El país lo recuperaría dándole a Estados Unidos “una sopa de su propio chocolate” con “mexicanísimas baterías lingüísticas, raciales y culinarias” (p. 541). Sin embargo, él mismo resulta “víctima de la sociedad de consumo norteamericana” y se propone comprar todo lo que le ofrecían los anuncios de televisión (p. 544), productos que almacena “en un depósito suburbano de la ciudad fronteriza de San Diego, California” (p. 546).

Finalmente, Dionisio se encuentra con un “modelo mexicano (o mexicano modelo)” – clisé del peón con sombrero ancho y huaraches durmiendo apoyado contra un nopal– empleado para promocionar a México en la vidriera de American Express de un shopping (p. 561). Cuando lo ve en esa situación decide sacarlo y llevarlo consigo al “desierto de Colorado, al sur del Valle de la Muerte”, donde abandonan el auto, cargan todos los productos norteamericanos acumulados y caminan rumbo a México esparciéndolos en el desierto. Allí propone que se despojen de todo lo que sea gringo, inclusive la ropa, y que regresen a la patria “encuerados”. Al aproximarse a la frontera perciben un olor a comida mexicana, que Dionisio identifica como de “tortitas de tuétano poblanas” y el narrador proporciona la receta (p. 563) dando por finalizado el cuento. No obstante, el verdadero final de esta historia lo encontramos en el cuento “Río Grande, Río Bravo” donde los dos personajes mexicanos tratan de cruzar, desnudos, el puente Paso del Norte, “*alegando no nos dejaron salir por San Diego y entrar por Tijuana, ni salir por Caléxico y entrar por Mexicali, ni salir por Nogales Arizona y entrar por Nogales Sonora*” (p. 685).

La identidad de Dionisio se caracteriza por un marcado nacionalismo que se establece a partir de su relación con la comida. Es decir, el protagonista de este cuento realiza una conexión entre alimentación, identidad y territorio, lo que lo lleva a diferenciar a México de Estados Unidos a través de la gastronomía. Él mismo resulta víctima de la sociedad que tanto critica, pero, cuando finalmente tiene el “sentimiento de algo perdido” (p. 560), regresa “de la tierra que lo tiene todo a la que no tiene nada” (p. 563), salvo su cultura.

El cuento “La raya del olvido”, situado en 1994 o 1995, pone en juego la relación entre memoria e identidad a partir del desafío de Emiliano Barroso de recordar aspectos de su

⁷ Una observación similar hace Juan Zamora durante su estadía en Cornell. En la Universidad, nota que sus compañeros “se sientan a comer con las gorras puestas y se llenan las bocas de hamburguesa, papas fritas y todo un menú salido de bolsas de plástico...” (p. 527). Los modales en la mesa le parecen de poca educación, informales y repugnantes.

vida, ya que ha sido abandonado por su familia en la frontera, sin identificación. En un monólogo interior se esfuerza en recordar para saber quién es: “tengo más esperanza en la memoria. Más que en la imaginación” (p. 564) y, en ese fluir de conciencia, va reconstruyendo su identidad: “Con suerte, podré darme cuenta de quién soy” (p. 565).

Aún no recuerda su nombre, pero comienza a asociar su identidad personal con “barro”, palabra de la que deriva su apellido: “No sé por qué digo barro y quiero llorar. Algo terrible se muere dentro de mi estómago cuando digo “barro”, pienso “barro” (p. 565). Luego, recuerda lo que sus hijos opinan de él: “ruco... momia... cachivache. Matusalén. Vejestorio inútil, carga” (p. 574) y que lo consideran la antítesis de su hermano, 20 años menor, que aprovechó los proyectos modernizadores para hacer negocios, mientras él reclamaba por los derechos de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Así, va definiendo su identidad social como la de un luchador gremial de izquierda: “la palabrita se me impone. Izquierda. [...] La repito y me veo, milagrosamente, en sitio exacto donde estoy. Sólo que de pie. Ahora de pie. Ahora joven. Sólo que acompañado. Estoy en la raya. Me enfrento a un grupo armado. Son policías. [...] Son norteamericanos” (p. 569). Este recuerdo lo lleva a pensar en los reproches de su hija, quien le recriminaba que fuera políticamente incorrecto, “comunista”, “mexicano”, “agitador” (p. 572).

Se encuentra en estas cavilaciones cuando del flujo de sus pensamientos empieza a emerger su identidad familiar: el nombre de su mujer, Camelia, “cariñosa y leal”, “fuerte y buena”, “fuerte y bendita y fresca. Me protegía...” (p. 570). También se acuerda de haber llamado “pochos” a sus hijos, por sus aspiraciones a “ser alguien del otro lado” (p. 572) y rememora la justificación de que ninguno podía ocuparse de él por sus obligaciones laborales: “¿Quién tiene tiempo voluntad dinero para ayudarte? ¿Yo tu hijo...dependiente de un Woolworths? ¿Yo tu hija...supervisora en una maquiladora...? ¿Tu nieto que ni te recuerda, y prepara burritos en un restorán mexicano del lado gringo? ¿Tu nieta que también trabaja en la maquila?” (p. 575). Luego el discurrir del protagonista fluye hacia el pasado, recupera la figura del padre y el concepto de respeto que antes se tenía por los viejos. Reflexiona sobre el cambio de los tiempos que visualiza en las tres generaciones de los Barroso: tiempo del nahual (padre), tiempo de la alfabetización, la ciencia, la ciudadanía (él) y tiempo del consumo y el vacío existencial (hijos) (p. 573). Al final del cuento, se filtran las percepciones del personaje en el amanecer, mientras escucha el rumor incesante de los pies cruzando la “raya” del puente fronterizo, el tamborileo de una lluvia inesperada y el ulular de las sirenas de las ambulancias que se acercan a recogerlo. En ese instante recuerda su nombre: “Emiliano Barroso. Qué

lástima que ya nunca podré repetirlo. Qué bueno que por fin he podido recordarlo. Soy yo.” (p. 580).

Este cuento comienza con la interrogación del protagonista por su propia identidad perdida, olvidada. La respuesta le llega a través de los sentidos, de los recuerdos, de las asociaciones, una respuesta que teme encontrar pero que necesita porque quiere “Ser” (p. 579). A medida que avanza la narración, vemos que la identidad de este protagonista se construye en relación con su familia, su lucha social y su nombre.

Como ya señalamos, en el último cuento, “Río Grande, Río Bravo”, se completan las historias de algunos de los personajes.

Benito Ayala descubre que cada individuo lleva consigo su identidad personal. Todos se parecen, pero sabe que: “cada uno va a cruzar el río con un costal de recuerdos diferentes, una mochila invisible en la que sólo cabe la memoria particular de cada uno de ellos” (p. 652).

Margarita Barroso, radicada en El Paso, cruza todos los días la frontera para trabajar en una maquiladora en Juárez. Había resuelto que “su única salvación era el trabajo, en el trabajo encontraba su dignidad, su personalidad, se respetaba y se hacía respetar” (p. 661). “Asimilada”, “no quería ser vista como mexicana, ni como chicana, ella era gringa”, “desde la escuela en El Paso le decían, oye, tú eres blanca, no te dejes llamar Margarita, hazte llamar Margie y pasa por blanca, [...] no hables español, no dejes que te traten de mexicana, pocha o chicana” (p. 661).

Juan Zamora cruza la frontera para asistir a sus compatriotas en California, donde han aprobado una proposición que niega a los inmigrantes mexicanos educación y salud. En referencia a su identidad: “Las bromas sobre su profesión y su homosexualismo habían dejado de irritar, hacía mucho tiempo, a Juan” (p. 672). Tildado de “joto” y “matasanos” por su sensibilidad y altruismo, asume un rol humanitario activo; del lado norteamericano de la frontera decide que “se convertiría en un hospital ambulante [...] agitando, dispensando medicinas, recetando, animando enfermos, denunciando la inhumanidad de las autoridades” (p. 672).

Por último, aparece un nuevo personaje, José Francisco, protagonista del microrrelato que lleva su nombre. Hijo de mexicanos de Zacatecas establecidos en una ciudad fronteriza de Estados Unidos sin identificar, aunque podríamos suponer que es El Paso, pues José Francisco está en el puente a Ciudad Juárez la noche de la protesta de “brazos levantados”. Este protagonista asume su identidad chicana: “-Yo no soy mexicano. Yo no soy gringo. Yo soy chicano. No soy gringo en USA y mexicano en México. Soy chicano en todas partes. No tengo que asimilarme a nada. Tengo mi propia historia” (p. 677). José Francisco se convierte en

“coleccionador” de las historias oídas desde niño, porque entiende que “ésta era la riqueza del mundo fronterizo, la cantidad de historias insepultas, que se negaban a morir, que andaban sueltas como fantasmas desde California hasta Texas, esperando quien las contara, quien las escribiera” (p. 676). A los diecinueve años empieza a escribirlas en “idioma chicano”, “en español las partes que le salían de su alma mexicana, en inglés las que se le imponían con un ritmo yanky” (p. 677). Su apuesta es llevar sus manuscritos de un lado al otro de la frontera, “literatura de los dos lados, para que todos se conocieran mejor, decía, para que todos se quisieran un poquito más, para que hubiera un «nosotros» de los dos lados de la frontera...” (p. 677).

En resumen, el análisis que presentamos en este apartado nos permitió comprobar que, en la novela, el tratamiento de la identidad se aleja de los enfoques tradicionales.

En concordancia con lo planteado por Fuentes en el ensayo *El espejo enterrado*, los personajes de los relatos ponen a prueba sus identidades a partir de la realización de migraciones internas o externas, temporales o permanentes, que los llevan a participar de diferentes intercambios culturales con los “otros” con quienes se vinculan. Esto hace que, muchas veces, cambien sus formas de relacionarse con el mundo, pero también que adquieran conciencia de las características de cada cultura a partir de sus experiencias y vivencias individuales. En este sentido, notamos que las identidades se presentan como diversas y, además, que se modifican a partir de los nuevos contextos y de los cruces de fronteras, geográficas, personales, sociales o culturales que afectan a los protagonistas.

Sobre la base de estas trayectorias, Fuentes respalda su tesis de integración, de aceptación de la diversidad más allá de las diferencias, como una forma de avanzar en el entendimiento y reconocimiento mutuo.

4. Conclusiones finales

Para realizar esta investigación propusimos como marco la tensión entre modernización e identidad en el pensamiento latinoamericano desarrollada por Devés Valdés y pudimos comprobar que Carlos Fuentes no solo participa desde el ensayo en la discusión predominante de la década del '90, que pone énfasis en la identidad, sino que también lo hace desde la ficción, pues en *La frontera de cristal* el autor reflexiona acerca de dicha problemática y además se posiciona de forma crítica frente a la modernización.

En primer lugar, rastreamos los diferentes escenarios y períodos en los que se desarrollan los nueve cuentos que componen la novela, lo que nos permitió anclar los relatos que se relacionan con las modernizaciones en un período de catorce años (1981-1995). De su análisis, pudimos constatar que predomina la crítica hacia los mismos ya que, en algunos casos, se presentan como fallidos por administraciones corruptas que precipitan al país en la debacle y, en otros, como negocios ventajosos para los empresarios oportunistas, pero no para los trabajadores.

Nos llevaron a esta interpretación los relatos “La pena”, ubicado en el contexto del desplome del auge petrolero; “Malintzin de las maquilas”, ambientado en el corazón de la industria del montaje del lado mexicano; “La frontera de cristal”, exponente del escenario laboral derivado de la puesta en vigencia del TLCAN; “La raya del olvido”, contrastación de las ideas socialistas de los '70 con las neoliberales aplicadas en los '90, así como también los microrrelatos de “Río Grande, Río Bravo” que versan sobre las migraciones de diversos personajes en busca de mejores oportunidades.

Las experiencias de la mayoría de los protagonistas nos permitieron demostrar la ruptura con el discurso oficial que proclama, a partir de las voces de Leonardo Barroso y algunos miembros de su familia, que la modernización es siempre progreso, oportunidad, futuro promisorio. Por el contrario, comprobamos que la ilusión de mejora a veces existe, pero es tan solo eso, una ilusión. En la novela, México se figura cargado de deudas, sacrificios, angustias y poca confianza en el futuro. En este sentido, observamos que los personajes comparten el derrumbe de las expectativas de prosperidad y, por lo tanto, concluimos que predomina la crítica a las modernizaciones puestas en práctica en el país, siempre inacabadas. Pero los que migran a Estados Unidos, incluso por generaciones, tampoco encuentran allí mejores condiciones de vida, sino xenofobia, precarización laboral, persecuciones y maltratos. No obstante, si hay algo que unifica y caracteriza a la mayoría es que, frente a estos avatares,

tienen gestos esperanzadores entre ellos e incluso hacia los miembros de la sociedad norteamericana.

En cuanto al tratamiento de la cuestión identitaria, Carlos Fuentes adopta en la novela una perspectiva amplia, que resalta su dimensión múltiple y cambiante a partir de las experiencias de los personajes. Observamos, además, que no se estigmatizan las diferencias, sino que se abordan con respeto.

En algunos de los cuentos, el reconocimiento de la identidad surge de la confrontación de un personaje con otro opuesto. Tales son los casos de “Las amigas”, en el que se derriban algunos prejuicios estadounidenses acerca de los mexicanos; de “La pena”, en el que la identidad del protagonista se ilumina a partir del choque con la alteridad encarnada en los personajes norteamericanos, y también de “La apuesta”, donde se revierte el estereotipo del mexicano machista por la interacción del protagonista con una mujer española. Los personajes de otros relatos, como “Malintzin de las maquilas” y “La raya del olvido”, vacilan entre la identidad y la memoria o el olvido; en tanto que en “El despojo” y “La frontera de cristal” se ponen en relación identidad y nación. Por último, en “Río Grande, Río Bravo”, los distintos personajes representan identidades diversas.

Carlos Fuentes indaga, desde la ficción, sobre la problemática de la identidad, lo que le permite explorar la idea de que no hay identidades fijas, de que la identidad no es colectiva ni se da en abstracto, sino que los procesos son individuales, de búsqueda y reacomodo.

Pudimos reconocer también, que la tensión entre modernización e identidad que recorre cíclicamente las ideas continentales, aparece en algunos cuentos de manera simultánea, ya que la globalización coloca a los personajes en nuevos contextos laborales y frente a nuevas alteridades.

En este sentido, son muy representativos “Malintzin de las maquilas” y “La frontera de cristal”.

En el primero, se describe la modernidad de la infraestructura de las industrias de montaje instaladas en la frontera, la migración de trabajadores por la demanda de mano de obra, las estrictas condiciones de trabajo y los bajos salarios. Frente al desarraigo y al nuevo modo de vida, los personajes se debaten entre la memoria y el olvido de sus tradiciones.

En el segundo, asistimos a la bancarrota de la pequeña industria mexicana a causa del Tratado de Libre Comercio, favorable para las empresas extranjeras. Además, a la aplicación de las prácticas del trabajo eventual de mexicanos en Estados Unidos, lo que impele al protagonista a reconfigurar su identidad, ocultando el nombre propio y asumiendo la nacionalidad como identidad.

A pesar de las críticas, Carlos Fuentes deja un mensaje positivo, tanto en *El espejo enterrado* como en *La frontera de cristal*, porque reivindica el papel liberador de la palabra y convierte la literatura en una herramienta de lucha por la integración, así como el personaje de su novela, José Francisco, que lleva “manuscritos chicanos a México y manuscritos mexicanos a Texas” y, en uno de los controles fronterizos, comienzan a volar de su maletín “como palomas de papel dotadas de un vuelo propio”, que el “coleccionador de historias” ayuda a esparcir...

arrojando manuscritos al aire, al río, a la luna, a las fronteras, convencido de que las palabras volarían hasta encontrar su destino, sus lectores, sus auditores, sus lenguas, sus ojos... Vio los brazos abiertos en cruz de los manifestantes del lado de Ciudad Juárez, cómo se levantaron a pescar al vuelo las cuartillas y José Francisco lanzó un grito de victoria que rompió para siempre el cristal de la frontera” (pp. 677-678).

5. Fuente literaria

Fuentes, Carlos ([1995] 2013), *La frontera de cristal*, en *Cuentos completos*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, pp. 504-651.

6. Bibliografía

Araya Araya, Karla (2009), “Discurso social en La frontera de cristal: Una novela en nueve cuentos, de Carlos Fuentes: entre la pérdida, el apego y el olvido”, *Literatura Mexicana*, Vol. 20, N° 2, pp. 91-112.

Barahona Novoa, Alberto y Sanabria, Carolina (2008), “Migrantes finiseculares, identidades posnacionales: *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes”, en *Filología y Lingüística*, Vol. 34, N° 1, pp. 9-35.

Bartra, Roger ([1987] 2014), *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*, México D.F.: Debolsillo.

Canales, Alejandro I. (2002), “Migración y trabajo en la era de la globalización: el caso de la migración México-Estados Unidos en la década de 1990”, en *Papeles de población*, Vol. 8, N° 33, pp. 47-80.

Devés Valdés, Eduardo (2000), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL, (1900-1950)*, Tomo I, Buenos Aires: Biblos.

----- (2003), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo, (1950-1990)*, Tomo II, Buenos Aires: Biblos.

----- (2004), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90*, Tomo III, Buenos Aires: Biblos.

Dhondt, Reindert (2010), “La melancolía como mal de la frontera y estereotipo nacional en *La frontera de cristal* de Carlos Fuentes”, en *América. Cahiers du CRICCAL*, Vol. 39, N° 1, pp. 165-173.

Fuentes, Carlos (1992), *El espejo enterrado*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

----- (2000), *Los cinco soles de México. Memoria de un milenio*, Barcelona: Seix Barral.

García Canclini, Néstor (1994), “El debate sobre la identidad y el Tratado de Libre Comercio”, en *Mundo, región, aldea: identidades, políticas culturales e integración regional*, pp. 71-80, Montevideo: Trilce.

-----(1995), “Noticias recientes sobre hibridación”, en *Revista Transcultural de Música*, N° 7, 2003, 16 páginas.

Kabalen de Bichara, Donna M. (2016), “La pluralidad de diálogos en ‘*La frontera de cristal*’ de Carlos Fuentes”, en *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, N° 25, pp. 651-666.

Kehoe, Timothy J., & Meza, Felipe (2013), “Crecimiento rápido seguido de estancamiento: México (1950-2010)”, en *El trimestre económico*, Vol. 80, N° 318, pp. 237-280.

Mayer-Serra, Carlos Elizondo (1998), “Tres trampas: sobre los orígenes de la crisis económica mexicana de 1994”, en *Revista de economía política*, Vol. 18, N° 4, pp. 623-643.

Monge, Mayra H. (2008), “La frontera de cristal: un texto fronterizo”, en *InterSedes*, Vol. 9, N° 17, pp. 193-202.

Paz, Octavio ([1950]1959), *El laberinto de la soledad*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Rabasa Kovacs, Tania (2013), “Auges petroleros en México: Sucesos fugaces”, en *Economía UNAM*, Vol. 10, N° 29, pp. 35-55.

Ramos, Samuel ([1934] 1987), *El perfil del hombre y la cultura en México*, Madrid: Espasa.

Schaap, Alice (2016), *Mexicanidad en la era post-NAFTA, Un análisis imagológico de La frontera de cristal (1995) de Carlos Fuentes*, Universiteit Utrecht, pp. 1-26.

Střítecký, Jan (2016), *La cultura mexicana y norteamericana en la narrativa post-68 de Carlos Fuentes y José Agustín*, Tesis doctoral, Masarykova Univerzita, Brno.

Verkoren, O y Hoenderdos, W (1998), “La política industrial en México y la industrialización en la zona fronteriza del norte de México”, en *Estudios fronterizos*, Vol. 6, N° 15-16, pp. 17-38.